

Del Fauno al sexting, un largo, promiscuo y húmedo viaje

Dr. Rafael Acosta de Arriba
Instituto de Estudios Culturales «Juan Marinello»
racosta@cubarte.cult.cu

El porno no muestra, demuestra y nos libera de la interpretación. No esperamos nada de él. O, más bien, esperamos nada y la obtenemos.
Patrick Baudry

La violencia de la sexualidad humana, animal no obstante, nos deja desarmados; nuestros ojos nunca la observan sin turbación.
Georges Bataille

Análisis panorámico del surgimiento y la consolidación de la pornografía en la sociedad moderna y contemporánea que no parte de la usual reprobación y satanización de la misma, sino que intenta comprenderla como un fenómeno asociado a nuestra realidad global. Estudio de los aspectos de su esencia que tienen que ver con la naturaleza humana y con el desarrollo del arte y las nuevas tecnologías. Por la necesaria corta extensión del mismo y por la novedad del tema tiene un carácter introductorio que tendrá futuras aproximaciones en esta publicación.

Palabras Claves: Pornografía, sexting, erotismo, sexualidad.

From the Fauno to sexting, a long, promiscuous and humid voyage

A panoramic analysis is done of the emergence and consolidation of pornography in modern and contemporary society. It does not stem from its usual condemnation and demonizing, but attempts to understand it as a phenomenon associated to our global reality, studying which aspects of its essence have to do with human nature and with the development of art and of new technologies. It has an introductory character, due to the necessary short extension and novelty of the issue, which will have future approximations in the magazine.

Key words: Pornography, sexting, erotism, sexuality.

I

Después de ofrecer una conferencia el pasado año sobre el tema de la pornografía en la Maestría del CENESEX consideré, dado el interés mostrado por los maestrantes, la posibilidad de publicar las cuestiones más importantes allí abordadas. La oportuna invitación de la redacción de la revista viabilizó la cuestión.

Doctor en Ciencias. Investigador Titular en el Instituto de Estudios Culturales «Juan Marinello». Profesor Titular del Instituto Superior de Arte y de la Facultad de Historia de la Universidad de La Habana.

El axiomático «*Todo lo que existe, vale*» puede entrañar un endeble relativismo, pero no deja de pertenecer a los enfoques de pertinencia para analizar los fenómenos de nuestras sociedades

actuales. La pornografía no es la excepción. Existe fuera e independientemente de nuestras conciencias, como diría un filósofo materialista acerca de la materia; pertenece –guste o no– al convulso paisaje moderno y posmoderno, y supongo que lo más atinado ante la pornografía es tener la inteligencia o el sentido común de reconocerla primero y estudiarla después como corresponde. Es absurdo, pues, aplicar la denominada táctica del avestruz con relación a su visible y obstinada presencia. En el caso particular de nuestro país, al hacer referencia a ella se ha vuelto usual apelar al título de aquella excelente película de Eliseo Subiela, «de eso no se habla», tal ha sido el silencio que sobre lo porno se ha acumulado por años, como si este fenómeno no existiera en nuestra realidad, vinculada e interdependiente, como es obvio, al mundo globalizado del que formamos parte. Lo primero que deseo anotar es precisamente tal condición, se trata de un asunto cuasi virgen en los estudios académicos en Cuba, salvo algún que otro artículo en alguna revista cultural acerca del erotismo en las artes, pero no como una referencia directa a lo porno.

Es necesario, por tanto, comenzar a pensar el tema desde la academia; este texto caminará obligatoriamente por los terrenos de lo panorámico y lo introductorio, futuros trabajos podrán dirigirse hacia una mayor especialización.

Al adoptar un enfoque historiográfico para adentrarnos en lo que más adelante llamaré «la experiencia pornográfica», es preciso rastrear en la antigüedad grecolatina puesto que el término *porno* deriva de *porné* (prostituto/a) y en sus inicios se refirió a los escritos que narraban prácticas de prostitución. El pintor griego de temas eróticos Parrasios¹ recibió ese adjetivo para sus cuadros pues sus modelos eran prostitutas. Poco después, el escritor griego de origen sirio Luciano (125 después de Cristo.) escribió el que se considera el texto pornográfico más antiguo, *Diálogo de las cortesanas*, - *Lisístrata*, de Aristófanes, es mucho más antigua (411 antes de Cristo), pero se le considera solo como una obra erótica- y gradualmente se fue estableciendo el calificativo de *pornográfico* para todo aquello que describiese las relaciones sexuales sin amor o relativo a los genitales en acción. A Ovidio pudiera considerársele uno de los primeros erotólogos de Occidente por su libro *El arte de amar* (43 antes de Cristo), el que resultó una suerte de manual de consejos de *ars* amatoria muy leído por los jóvenes de su tiempo. Desde el punto de vista de la representación a través de las artes visuales bastaría con examinar lo que el Museo Arqueológico de Nápoles atesora en su denominado Gabinete Secreto para llevarnos una idea de lo que la tradición occidental gestó desde sus inicios en materia de erotismo y sexualidad, que hoy calificaríamos rápidamente, en su mayoría, como porno. El que escribe, que tuvo la fortuna de visitar dicha institución, no pudo menos que disfrutar lo delicioso y desenfadado que aquella civilización produjo en cuanto a recrear el cuerpo y sus apetitos. Allí las imágenes de Faunos, falos dionisiacos y otras intensas escenas amorosas cargan el espacio de lujuria y erotismo.

Aclaro ahora una confusión habitual. No fue el cristianismo el enemigo exclusivo o primero de la literatura y las representaciones eróticas, pues esta animadversión comenzó desde el paganismo: los filósofos estoicos, como Séneca, comenzaron a llamar «partes vergonzosas» o «pudendas» a los órganos genitales (los *aidoia* para los griegos). En realidad, en todas las sociedades y civilizaciones que han existido se planteó el tema de la decencia porque ninguna deseó que sus ciudadanos o miembros se comportasen con la incontinencia de las bestias. Digo esto pues *lo moral* está indisolublemente ligado a las consideraciones sobre estos temas, y *lo decente*, *lo*

obsceno, lo escatológico y otras ponderaciones similares gravitarán sobre lo que digamos en lo adelante.

Algunos especialistas consideran que entre los siglos XVII y XVIII surgieron las condiciones culturales que dieron paso a lo que hoy conocemos como pornografía. Foucault, Walter Kendrick, Alexandrian, entre otros, coinciden en que los espacios intelectuales abiertos por los discursos materialistas en la filosofía propiciaron los debates y divulgaciones que hicieron de simientes de la pornografía. Las teorías de Freud no fueron menos importantes para recolocar lo sexual de manera prominente en el panorama sociocultural de Occidente. Una cuestión de interés en este universo temático es lo relativo a las causas del surgimiento de lo que hoy entendemos como pornografía. Para Francesco Alberoni,

La pornografía es una figura de la imaginación masculina. Es la satisfacción alucinante de deseos, necesidades, aspiraciones, miedos propios de este sexo. Exigencias y miedos históricos, antiguos, pero que aún hoy existen y están activos".²

Mucho antes y refiriéndose a la recién surgida fotografía (el daguerrotipo para ser más preciso) Charles Baudelaire, expresó que el amor por la pornografía estaba no menos arraigado en el corazón del hombre que su amor por sí mismo, con lo que alzaba hasta un grado superior la necesidad del ser humano (masculino quiero decir) de tal oportunidad de autosatisfacción. Walter Benjamin, por su parte, a mediados del siglo XX, afirmó:

La humanidad, que en los tiempos de Homero era un objeto de contemplación para los dioses olímpicos, ahora es un objeto de contemplación para sí misma. Su autoalienación ha alcanzado tal grado que puede experimentar su propia autodestrucción como un placer estético de primer orden.³

Pienso que esta idea tuvo, con el pasar de los años del pasado siglo, una suerte de complementación en las afirmaciones de Susan Sontag⁴ acerca de que el hombre había creado con la violencia y las guerras, en el transcurso de la historia moderna, una nueva forma de escatología autodestructiva, algo así como el porno de la violencia.

Parece no haber disentimientos mayores en atribuirle al sexo masculino la necesidad del surgimiento de la experiencia pornográfica, basadas las argumentaciones en sus ancestrales roles de cazador y buscador del alimento para la familia los que conllevaron al desarrollo, de manera especial, de sus facultades visuales, depositarias en lo adelante de una gran sensibilidad. Estos mismos estudios afirman que, en el caso del sexo femenino, fueron (son) los sentidos táctiles y la piel los receptores de las sensaciones erógenas más importantes y que más se desarrollaron, una diferencia radical como puede advertirse. Para Alberoni,⁵ la pornografía (es decir, el punto de vista masculino) imagina a las mujeres dotadas de los mismos impulsos eróticos de los hombres, les atribuye los mismos deseos y fantasías y da por sentado que el encuentro entre ambos sexos se produce desde los mismos presupuestos imaginativos. Este especialista afirma que la imaginación erótica masculina se desembaraza de todo lo que la entorpece.

II

La autora norteamericana Linda Williams publicó hace poco más de veinte años, en 1989, un título que cambió radicalmente la concepción sobre este tema en el mundo. Su libro *Hard Core: Power, Pleasure and the «Frenzy of the Visible. Hard Core»*,⁶ abrió una disciplina que se denominó *Porn Studies*, que permitió, desde la óptica de los estudios académicos, el despliegue de toda una gama de investigaciones y publicaciones sobre lo pornográfico que no tuvo precedentes. El punto de vista académico es sumamente importante, ya que puede ser la forma pionera en que una sociedad -pienso ahora en la nuestra- se adentre a explorar un tema como el que nos ocupa. Para la Williams, lo porno se concibe como producto cultural de nuestras sociedades occidentales, evitando con este enfoque, a mi juicio con éxito, el abordaje desde lo moral y lo ético, es decir, rebasando la natural pornofobia en conglomerados humanos que, paradójicamente, se muestran a la vez como voraces e indetenibles consumidores de pornografía.

Otro importante autor, Patrick Baudry, en su *La Pornographie et ses images*,⁷ expresó su idea sobre la vastedad de un tema que se resiste a ser agotado por las aproximaciones hechas hasta el momento, sugiriendo, de paso, la necesidad de seguir profundizando en sus posibles y numerosas exégesis. A su vez, el académico catalán Román Gubern, ha dedicado varios textos a analizar la pornografía, en particular desde el cine, y son sumamente interesantes sus tesis sobre lo que Lacan llamó «la pulsión escópica» que habita en la mirada humana sobre lo sexual. En su libro *El eros electrónico*⁸ Gubern apostilló a Lacan al decir que el voyeurismo implícito en el visionaje de películas eróticas y pornográficas «constituye un tropismo natural de la mirada ante motivos sexuales, activado por la energía libidinal que está en la base de la reproducción de la especie».

III

La fotografía primero y el cinematógrafo a continuación cambiaron de manera estremecedora y sustancial el discurso de la pornografía: fueron un antes y un después, lo trastocaron todo, transformando la representación de manera radical. La sensación no conocida hasta la aparición de la fotografía de que se apreciaban cuerpos reales, cuerpos de mujeres desnudas que existían en la vida real, le confirió al tema de la representación icónica en el arte una dimensión peculiar y única. Ya no se trataba de que tal o más cual maestro hubiese pintado a una modelo con la carga de hiperrealidad más precisa, sino que la imagen que mostraban los daguerrotipos, y luego las fotos, eran las de un cuerpo existente. Eso lo cambió todo, y la aparición del cinematógrafo apenas unas décadas después fue la apoteosis: la imagen en movimiento y el primer plano colmaron cualquier demanda visual. El erotismo recibió el vehículo más poderoso para su plasmación, y la experiencia pornográfica se instauró de manera definitiva. Solamente habría que esperar hasta la Era Digital para que tal situación recibiera la última y más consagratoria novedad: la red.

Por el camino surgió otro protagonista de esta trama, el mercado. Casi de inmediato a la existencia de la fotografía y ya esperando a que se inventara el cinematógrafo, la industria asociada a la sexualidad confiscó la iconografía del cuerpo. Así surgieron las ediciones en miles de millares de postales de desnudos primero, escenas sexuales más adelante y finalmente el cine porno, que tuvo su estreno y lanzamiento en la clandestinidad de los burdeles, con lo que la

demanda masculina de imágenes sexuales tuvo un surtido completo que finalmente se complementó con las *sex shops* y toda la parafernalia de instrumentos y productos fabricados para alimentar las fantasías más inspiradas. «El sexo vende y vende mucho» parece ser la consigna que animó desde el primero al último empresario que comercializó las imágenes del cuerpo.

Pudiéramos decir hoy que el porno ha agotado los límites de la representación sexual; me refiero a la representación y no a la imaginación sexual, vasto territorio que no tiene fronteras. El arte queda entonces como el encargado de viabilizar dicha imaginación, de darle forma en libros, películas y cuadros, de distanciarse de la vulgaridad y la chatura de lo escatológico, de eternizarlo como creación cultural.

Un rápido análisis al cine porno - quizá la más jugosa de las variantes de esa industria y la que más ha potenciado la experiencia pornográfica hasta el presente- nos daría como las descalificaciones más habituales las siguientes:

- contenidos monotemáticos y repetitivos.
- esquematismo o ramplonismo psicológico de los personajes, lo que los convierte en puras abstracciones sin personalidad.
- pobre calidad formal de guiones y argumentos.

Como expresó Gubern, la gente que consume este tipo de películas solo quiere ver erecciones, cópulas, felaciones, cunnilingus, orgasmos olímpicos y complicadas posturas, entre algunas de las variantes, y, por supuesto, espléndidos cuerpos bien dotados. Lo anterior lleva a la consideración de que quizá, más que la omnipresente censura, es el tedio y la repetición poco creativa lo que se plantea como el enemigo principal de la pornografía.

Sin embargo, como dije antes, el imaginario erótico no tiene límites y la industria del porno lo sabe y lo explota a profundidad. Existe, sin embargo, una condición cardinal en este tema: el porno no nos es indiferente, hecho que marca el rumbo de los debates sobre su existencia. Es imposible contemplar lo porno sin experimentar turbación en lo más íntimo de nuestro ser, pues sabemos que ahí hay *algo* que nos involucra aunque nos parezca «vulgar» o «indecente». El porno o lo porno exige un compromiso inefable por parte del espectador. Sabemos que de alguna manera, aún para el más frío e indiferente de los espectadores, aparecen algunas imágenes que no pueden contemplarse sin lujuria o estremecimiento o, dicho de otra manera, sin una densa implicación emocional y física. Aquí vale volver sobre la idea de Linda Willimas, «el frenesí de lo visible»: la pulsión escópica que condujo al nacimiento de la experiencia porno, es decir, el deseo constantemente pospuesto y renovado de alcanzar la médula de una necesidad sexual que reside en la mirada. La frase falocrática de Lacan (la mirada es la erección del ojo) legitima la tesis del origen masculino de lo porno. Lo que pone en movimiento este deseo, no es más que la ansiedad de apropiación de imágenes que se conectan por vías enigmáticas con nuestras experiencias, fabulaciones e insatisfacciones más íntimas de lo sexual. Esto es lo que otros especialistas han denominado como experiencia pornográfica, que, como es natural, se manifiesta de diferentes formas según sean las características personales del espectador, y se presenta como discontinua y variable, pero con un denominador común puesto que sintoniza con las experiencias eróticas y sexuales, con las imágenes más recónditas de cada ser. Quizá la

pregunta que se impone entonces sea: ¿qué se puede descubrir de uno mismo a través de lo porno? ¿No se trata en definitiva de un viaje al interior de nuestro Yo?

Por lo pronto es curioso que la legión de enganchados con la pornografía crezca indetenible y exponencialmente día a día. El gran escritor norteamericano Gore Vidal dijo algo emblemático cuando expresó que lo único malo de lo porno es que después uno quiere seguir viendo porno y, al final, no quiere nada más que visionar porno. Sin duda, una expresión muy entusiasta y enfática.

De manera que aunque aceptemos que es aburrido, con frecuencia insulso e inverosímil, lo cierto es que ello no impide que la gente quiera seguir consumiendo pornografía de cualquier tipo debido a razones inconfesables o al menos desconocidas. Incluso, y no los desdeño, habría que considerar a quienes solo lo hacen por pura curiosidad, aunque habría que preguntarse si después de satisfecho este deseo, se suman –permaneciendo o no- a las filas de los adictos.

Pero si ver porno puede resultar fácil, no lo es tanto contemplarse viendo porno, algo que puede resultar embarazoso o complicado para la mayoría, lo que indica que, cuando se habla de este tema, se presupone que nos estamos refiriendo a los demás, no a nosotros mismos. Y aquí aparece una cuestión interesante: somos otros cuando vemos porno; es decir, nos cuesta trabajo admitir que somos un sujeto porno y lo más curioso: se puede al mismo tiempo ser asiduo al porno y combatirlo sin desmayo en lo público. De manera que es útil o prudente determinar desde dónde lo porno nos cuestiona.

El hombre comenzó a pensar sobre el erotismo después de miles de años de vivirlo y recrearlo. Lo mismo se puede decir de lo porno, aunque es obvio que este concepto no fue reconocido en la antigüedad como lo es hoy. Una idea de Octavio Paz ayuda a entender estas elucubraciones:

Unos cuantos poetas y filósofos de la antigüedad como Lucrecio y algunos espíritus modernos –Havelock Ellis y Freud entre otros- han pensado en el erotismo como algo que es, a un tiempo, la raíz del hombre y la clave de su extraño destino sobre la tierra.⁹

La cuestión de establecer una diferencia entre erotismo y pornografía ha calentado unas cuantas cabezas, pero considero, lanzándome al ruedo, que es una discusión bizantina al fin y al cabo. El erotismo sirvió, y sirve, de soporte a lo porno, lo facilita, lo propicia, pero en esencia lo nutre, y aunque no deben confundirse, estoy convencido de que sus límites son imprecisos. Citaré a algunos de los que han pensado o simplemente opinado sobre el asunto. Para Mario Vargas Llosa la tradición molesta del pornógrafo tiene la función de revelar los deseos menos civilizados mostrando el sexo libre de las validaciones religiosas, artísticas o culturales que lo justifican, es decir, el sexo como fuente de placer para los sentidos. Hasta aquí no parece haber contradicciones pero otros han sido más explícitos, como Luis García Berlanga, el famoso editor español de libros que se mueven entre el erotismo y lo porno, quien afirmó que la diferencia entre erotismo y pornografía era de clara raíz económica. O Picasso, del que es muy conocida su respuesta a la pregunta sobre la diferencia entre ambos conceptos: «Ah, ¿pero existe alguna?». Jean Baudrillard, sin embargo, pensó el asunto desde una posición en la que la ceremonia pornográfica tiende a establecer una nueva dialéctica de la fascinación, una vía de escape a las normas lógicas de causa y efecto con que habitualmente se trata lo sexual y lo erótico. De una

forma más académica, Eccole Lisardi considera que la distinción entre erotismo y pornografía no es más que la expresión estética de la necesidad profunda que tiene la sociedad contemporánea de *ghettizar* lo sexual. Empero, Ado Kyrrou, reconocido crítico de cine francés, llegó a la clave de la cuestión - al menos para mí- al ponderar con sabiduría salomónica el asunto: la pornografía es el erotismo de los demás. Todos apuntan a una dirección clara, la verdadera naturaleza de ambos conceptos se encuentra en el enigma que habita en los laberintos del Yo.

IV

Y llegamos a la denominada Era Digital. La red se convirtió, en un puñado de décadas, en la galería fotográfica y la sala multicine jamás soñadas, pues en su soporte vehicular las imágenes alcanzaron el clímax que nunca se imaginó ni el más descocado pensador de la historia. La Sociedad del Espectáculo, acuñación debida a Debord antes de la llegada de la red, transformó la pornografía en cultura de masas. El cibersexo ha alcanzado cotas jamás sospechadas. Ya no se trata solo de videos domésticos en los que parejas se filman y luego cuelgan el material en la red, o de sitios normales de pornografía por departamentos (heteros, homos, nínfulas «virginales», raciales en todas sus variantes, zoofilia, grupos y otras), o de intercambio en tiempo real de imágenes sexuales propias de dos internautas conectados, o de sitios de fotos de desnudos de las ex novias. Ahora aparece el denominado *sexting* -al parecer la combinación de los vocablos en inglés de *sex* y *texting*-, mediante el cual los adolescentes se fotografían exhibiendo sus genitales y los colocan en las llamadas redes sociales.

El nuevo fenómeno ya ha llamado la atención de los analistas¹⁰ y según algunos estudios en Estados Unidos y Argentina, ya se habla de estadísticas: un adolescente de cada cinco ha practicado el *sexting* (en el primer país), y 36 % de los adolescentes que poseen celular se han tomado fotos sexuales para colocarlas en la red (en el segundo). Para algunos, se trata de un ofrecimiento tácito de los jóvenes con el fin de tentar el mercado de las imágenes sexuales; para otros, que sus practicantes pretenden poner en ridículo el modelo social imperante: algunos piensan solo en una postura narcisista y también en una respuesta de rebeldía ante el control familiar que impone el uso de celulares-radares para mantener la localización y el control de los más jóvenes de la familia. Sea como sea, se trata de una nueva variante de imaginiería sexual en función de las nuevas tecnologías, es decir, un fenómeno de los tiempos que corren.

Estudios sobre los jóvenes y su relación con la red en Argentina se refieren a que números importantes de adolescentes en ese país pasan cuarenta y dos horas semanales conectados a la televisión y a internet, es decir, casi dos días completos a la semana, lo que sumado a la utilización masiva y e intensa a la telefonía celular -también conectada a la red, como se sabe- da como resultado una elevada relación de dependencia con la conectividad y el comercio de las imágenes electrónicas. Es lo que Gubern denominó como una nueva claustrofobia en busca de la excitación sexual.

Así, la sexualidad de muchos de estos jóvenes transcurre desde el encierro casero y la circulación de imágenes, es decir, desde la virtualidad y el intercambio. Con ello se logra la culminación del proceso de conversión del consumidor de imágenes en sujeto porno, proceso iniciado con las autofilmaciones del acto sexual colgadas en *You Tube* y continuadas ahora con la práctica del

sexting por los más jóvenes, una confirmación de la indetenible tendencia a mostrar cada vez más y a reducir al máximo los territorios de lo privado. Como dice el especialista consultado:

En el universo poblado de imágenes que promueve los ideales de consumo como la mejor manera de adaptarse socialmente, en la sociedad del espectáculo, los jóvenes se ven invitados a reproducir en forma *amateur* el modelo pornográfico como única manera de estar en un mundo que los excluye de forma escandalosa. Los aumentos sistemáticos de los índices de desocupación de la población juvenil mundial así lo demuestran.¹¹

Estas palabras ponen a la vista que los constantes y cada vez más frecuentes cruces y recruces entre las tecnologías digitales y lo sexual están contribuyendo a configurar la cosmovisión de nuestras sociedades contemporáneas. El sexo en la red está incidiendo cada vez más en las prácticas sexuales más íntimas, y el hecho de que se haya conquistado las filas de los más jóvenes es un indicador para nada despreciable. Desde luego, en el caso concreto de nuestro país la circunstancia particular de la accesibilidad mínima a internet cambia por completo la perspectiva de analizar estos fenómenos como una preocupante desde lo sicosocial. De cualquier manera, el fenómeno existe, está ante nuestras narices.

Termino con una reflexión sobre la batalla entre zonas públicas y privadas de lo sexual y pornográfico, pues se trata, a mi juicio, de una de las pugnas en las que se debate hoy -socialmente quiero decir- la existencia de la pornografía.

Cada día los anuncios de publicidad de perfumes o ropa interior, por poner dos ejemplos del mercadeo más normal en las ciudades del mundo, muestran una creciente desnudez de los cuerpos de los (as) modelos utilizados. Y cuando se considera por algunos decisores que se ha violentado la raya invisible de los límites, se establece de inmediato la prohibición. Un caso reciente es el de la cantante norteamericana Beyoncé y el video promocional de un perfume, prohibido a exhibirse en la televisión británica durante el día por considerarse ofensivo a causa de algunas imágenes del contoneo de su cuerpo semidesnudo. O cuando en la campaña política de las recientes elecciones parlamentarias en Cataluña, España, se utilizó un video semiporno para estimular la votación por un partido: el video mostraba un orgasmo a la hora de introducir y extraer repetidamente la boleta en la ranura de la urna bajo el *slogan* de «Votar es un placer», lo que provocó en el acto la repulsa y el escándalo de la sociedad o de algunos de sus representantes. Otro ejemplo es el escándalo que provocó en la misma Barcelona la propuesta de una agrupación civil de construir un Sexódromo en la ciudad. Se puede comprender entonces que la batalla por los espacios públicos es intensa y se dirime día a día y centímetro a centímetro de lo social.

El porno llega casi a una situación tope -¿será realmente así?- al aspirar a la metarrepresentación o metalenguaje: hacer de uno mismo la imagen pornográfica que excite, a uno mismo. El objeto o consumidor porno se convierte hoy día en sujeto de la imagen porno, en actor y en productor de sus propias imágenes. Como se analiza en el interesante libro *La ceremonia del porno*¹² de los escritores españoles Andrés Barba y Javier Montes, la batalla entre pornófobos y pornófilos continúa y cada vez es más encarnizada, mientras invadir el espacio público parece ser el blanco mayor de la disputa. Mucho terreno ha ganado la pornografía desde aquellos documentales que se proyectaban en los burdeles para excitar a los clientes en los finales del siglo XIX hasta el

presente con la práctica del *sexting*; de grado cero de la representación ha alcanzado una beligerancia y una presencia en lo social sumamente importantes.

Esperemos entonces la producción, en breve tiempo, de las películas porno en Imax 3D, pues el filme *Avatar* solo mostró un camino tecnológico que la industria porno no demorará en seguir.

Notas

¹ Alexandrian: *Historia de la literatura erótica*, ed. Planeta, Barcelona, 1989.

² Francesco Alberoni: *El erotismo*, ed. Gedisa, Barcelona, 1994.

³ Walter Benjamín: «Iluminaciones», en *Ensayos escogidos*, ed. Coyoacán, México D.F., 2006.

⁴ Susan Sontag: *Ante el dolor de los demás*, Santillana ediciones, España, 2003.

⁵ Alberoni: ob cit.

⁶ University of California Press, California, 1989.

⁷ Agora, París, 1997.

⁸ Ed. Taurus, Barcelona, 2000

⁹ Octavio Paz: *La llama doble*, ed. Seix Barral, Barcelona, 1993.

¹⁰ Artículo de César Hasaki en revista electrónica *Topía*, no. 60, [http: www.topía.com](http://www.topía.com) (consultado 17 de diciembre de 2010).

¹¹ *Ibíd.*

¹² Andrés Barba y Javier Montes: *La ceremonia del porno*, ed. Anagrama, 2007, Barcelona, 2007. Algunos tópicos de este artículo en lo relativo a lo esencial del porno encontraron en el libro justificada resonancia.

Bibliografía

BATAILLE, GEORGES (2000). *Las lágrimas de Eros*. Tusquets, Barcelona.

_____ (2002). *El erotismo*. Tusquets, Barcelona.

GUBERT, ROMÁN (2006). *La imagen pornográfica y otras perversiones ópticas*. Anagrama, Barcelona.

LO DUCA, JEAN MARIE (1958). *L'Érotisme au cinéma*. 3vols. Paubert, París.

PARDO, JOSÉ LUIS (1996). *La intimidad*. Pre-textos, Valencia.

SONTANG, SUSAN (1996). *Styles of Radical Will*. Farrar, Straus & Giroux, New York, 1996.